

EL MENOR DE LOS DAÑOS  
Gonzalo Baz  
TXT MENOR, 5/2018

1

Hoy se fue mi hermano a vivir a otro país y yo fui al aeropuerto con una foto en el bolsillo que había sacado de una caja de zapatos donde guardo todos los recuerdos de nuestra infancia. Esa caja estaba, a su vez, guardada arriba del ropero, donde van las cosas que no se quieren ver. Las cosas que juntan polvo.

2

A veces pienso que el menor de los daños es desaparecer.

En una época estaba obsesionado con los escapistas. Así me enamoré de las películas de Antonioni “El pasajero” y “El desierto Rojo”, y también de “Wakefield”, “La habitación cerrada”, “La verdadera vida de Sebastian Knight”, “Lejos de Veracruz”. Me fascinaba la posibilidad de escapar y crear un personaje nuevo que tuviera mis rasgos, mis formas de ser, pero al que no le molestara beber hasta morir delante de sus nuevos amigos. Pensaba en la posibilidad de ser otra persona. Presentarme con otro nombre y otra biografía. Le tengo miedo a la muerte y no hay nada más vital que escapar.

Por eso me fui de viaje a un lugar donde sólo caminaba por las calles y me reía frente a las vidrieras y la gente. Me convertí en un estúpido. Eso era todo lo que quería. Ser un estúpido que ríe y habla en un idioma inentendible.

3

Fui demasiado nostálgico y terminé siendo un poeta. No podía ser sólo un estúpido, también fui un poeta y un extranjero. Tuve que volver.

4

Mientras era un poeta en otro país, mi hermano se quedó en Montevideo. Y me di cuenta, mientras íbamos en el auto camino al aeropuerto, de que quedarse puede ser también un camino extraordinario para perderse. Irse o quedarse es un tema de distancias relativas.

5

Una vez, cuando tenía 14 años, me tomé varios comprimidos de Rivotril, sólo para ver qué pasaba. Los bajé con un vino rosado dulce suelto que vendían en el almacén de la esquina. Esa noche, mi madre estaba internada en Villa Carmen y mi hermano, que ya vivía en otra casa, me llamó para ver cómo estaba y para controlar que no saliera con mis amigos del barrio a hacer de las mías. Yo le mentí que iba a dormir con una compañera de clase, aunque en aquella época no me animaba a tocarle las tetas a nadie. Salí de casa y después olvidé todo. No sé cómo volví. Al otro día ni mi hermano ni mi abuelo podían despertarme. El tipo del SEMM dijo que estaba en coma alcohólico. Mi abuelo dijo que le había pasado mil veces cuando era adolescente, así que por ahí quedó el asunto. Ese día mi hermano me acompañó a dar una vuelta manzana. Yo babeaba todavía. No me acuerdo qué fue lo que me dijo, pero me acuerdo de caminar con él. Lo único.

6

Cuando nuestra madre murió, mi hermano se quedó viviendo en la casa de nuestra infancia, donde ella había intentado matarse varias veces. Yo me fui a vivir con mi padre, devoré toda su biblioteca, tuve otros hermanos, aprendí a tocar la guitarra, tuve una novia y fui otra persona por un tiempo. En aquella época casi no nos veíamos. Yo intentaba empezar algo y él se aferraba con uñas y dientes a una versión apenas menos triste de lo que había sido durante años nuestro hogar.

7

Como 15 años después, volví a habitar la casa. Mi novia de ese momento dijo haber sentido la presencia de mi madre los primeros días. Yo, en cambio, sentía que todo tenía que ver con mi hermano. Encontré varias camisetas suyas en el ropero y discos de Ramones con los que me había iniciado en el rock hacía casi dos décadas. Después, el apartamento se impregnó de nosotros y nos olvidamos.

8

Mi hermano me dijo ayer, cuando se estaba yendo, que, tal vez, las únicas personas a las que no volvería a ver eran: Filburt, su perro viejo y a nuestra abuela, Lola. Nunca vi llorar a mi hermano. Las cosas que le duelen se transforman en otra cosa, algo que se extiende por su cuello y sus brazos, nunca en lágrimas.

9

Hace unos años, Filburt se escapó de su casa en Solymar. Salimos a buscarlo en auto

durante dos días. Recorrimos todo el barrio y los barrios limítrofes. Publicamos su foto sin mucha esperanza en un grupo de Facebook que se llama "Perros perdidos en Ciudad de la Costa". A las 48 horas llegó un mensaje de una persona que decía haberlo visto en Pocitos. Las calles eran Domingo Tamburini esquina Gabriel Pereira. Esa era la antigua dirección de mi abuela, donde mi hermano y el perro habían vivido durante algunos meses, hacía más de cinco años.

Durante el tiempo en que mi hermano vivió con la abuela Lola, Filburt recibió diariamente suculentas raciones de comida cada vez que lo exigió. Tenía un fondo bastante amplio donde se divirtió cavando pozos y persiguiendo ratones. Fueron solo algunos meses. Después, mi hermano decidió mudarse a Solymar y la casa de mi abuela se vendió. Ella se mudó a un apartamento más seguro para una mujer vieja.

Aquel día fuimos en el auto hasta la antigua casa y encontramos al perro sentado exactamente en la puerta. Según los vecinos, había permanecido ahí todo el día y la noche anterior. ¿Cómo había hecho para encontrar aquel lugar después de tantos años? ¿Qué fue lo que lo llevó a volver a aquella casa? ¿Habría sido la memoria de aquellos meses de bonanza la que lo condujo hasta ahí? El perro levantó la cabeza y corrió hacia nosotros moviendo la cola. Una fuga es siempre un intento fallido de regresar. Aquella puerta estaba cerrada y no se abriría más. No era más que una casa abandonada en tiempos de especulación inmobiliaria. Una casa llena de de perros cavando pozos y Nochebuenas con lucecitas.

10

Una noche le patearon la cara a mi hermano. Yo era un niño y solo me enteré al otro día, cuando ya le habían cosido el pómulo izquierdo. Había salido a defender a un amigo en un bar. Después, caminando para casa lo agarraron solo y se la dieron. Me había olvidado de eso, mi madre llorando en el teléfono, la marca en el pómulo que hasta hoy tiene.

11

Mi hermano se fue a vivir con su padre cuando él tenía 19 y yo 13. Cuando se fue, me sentí sólo. Mi madre fumaba en la cama todas las noches. A veces pasaba por la puerta de su cuarto y sólo veía la brasita como una luciérnaga, yendo de su boca hacia el cenicero, el mantra del insomnio. Fumar en la oscuridad era la causa de aquellos agujeros en las sábanas que raspaban la piel con sus bordes duros. Cuando estaba de humor, me recostaba a su lado y nos pasábamos el cigarro en la oscuridad.

12

Hace un par de meses fui a visitarlo a su casa en Solymar. Era una mañana calurosa y fuimos a la playa. Sentados bajo la sombrilla con el agua de las olas llegando a nuestros pies, como solían hacer, en otra época, mi abuelo y mi tío. Ese día me dijo que se iba de Uruguay.

No soporto más estas navidades. Vos me entendés, Gus, vos te acordás de las navidades nefastas con mamá. Cada vez que viene una navidad, siento que debería estar lejos.

No recuerdo una sola navidad con mamá. Es como si me las hubieran extirpado de la memoria. Aunque, ahora que pienso ¿el día que te atragantaste con la cereza no era navidad?

13

Cuando me quise ir de la casa de mi padre, a los 20, mi hermano me dio trabajo. En aquella época nos ganábamos la vida haciendo páginas porno. Las armábamos, publicitábamos el material que nos mandaban, lo vendíamos. Entre otras cosas, me encargaba de relatar, por escrito, las escenas que podían verse en los videos. Tenía que verlas todas y después escribir. Las categorías variaban: lesbianas, tranx, gay, asiáticas, sexo grupal, negras, viejas. Aprendí a escribir con fluidez haciendo aquello. Éramos buenos. Gracias a eso me mudé sólo por primera vez. La primera noche en el apartamentito del barrio Buceo, me emborraché y empecé a reírme solo a carcajadas en la cama.

14

El día en que encontré a nuestra madre muerta vino la policía. Un oficial gordo vio una mancha de sangre en el marco de la puerta de entrada y nos dijo que no la limpiáramos, podía ser evidencia. Yo le grité, con lágrimas en los ojos, que era un gordo hijo de puta y que ojalá le empalen a la madre.

Aquel día, fueron llegando de a poco mis familiares a la casa y yo no hablé con nadie hasta que llegó mi hermano. Mi memoria es muy efectiva. Olvido casi todo lo que no quiero recordar. De aquel día, me quedó el policía, la puerta rota de una piña que me fracturó dos huesos de la mano, el cigarro que encendí en el sillón -el primero que fumaba adelante de mi padre-, el abrazo.

A veces pienso que el menor de los daños es desaparecer. Escuché una vez, hace muchos años, decir eso a mi hermano. Yo ya lo había pensado, pero el que lo dijo fue él. Pienso en que, en el fondo, somos tipos parecidos.